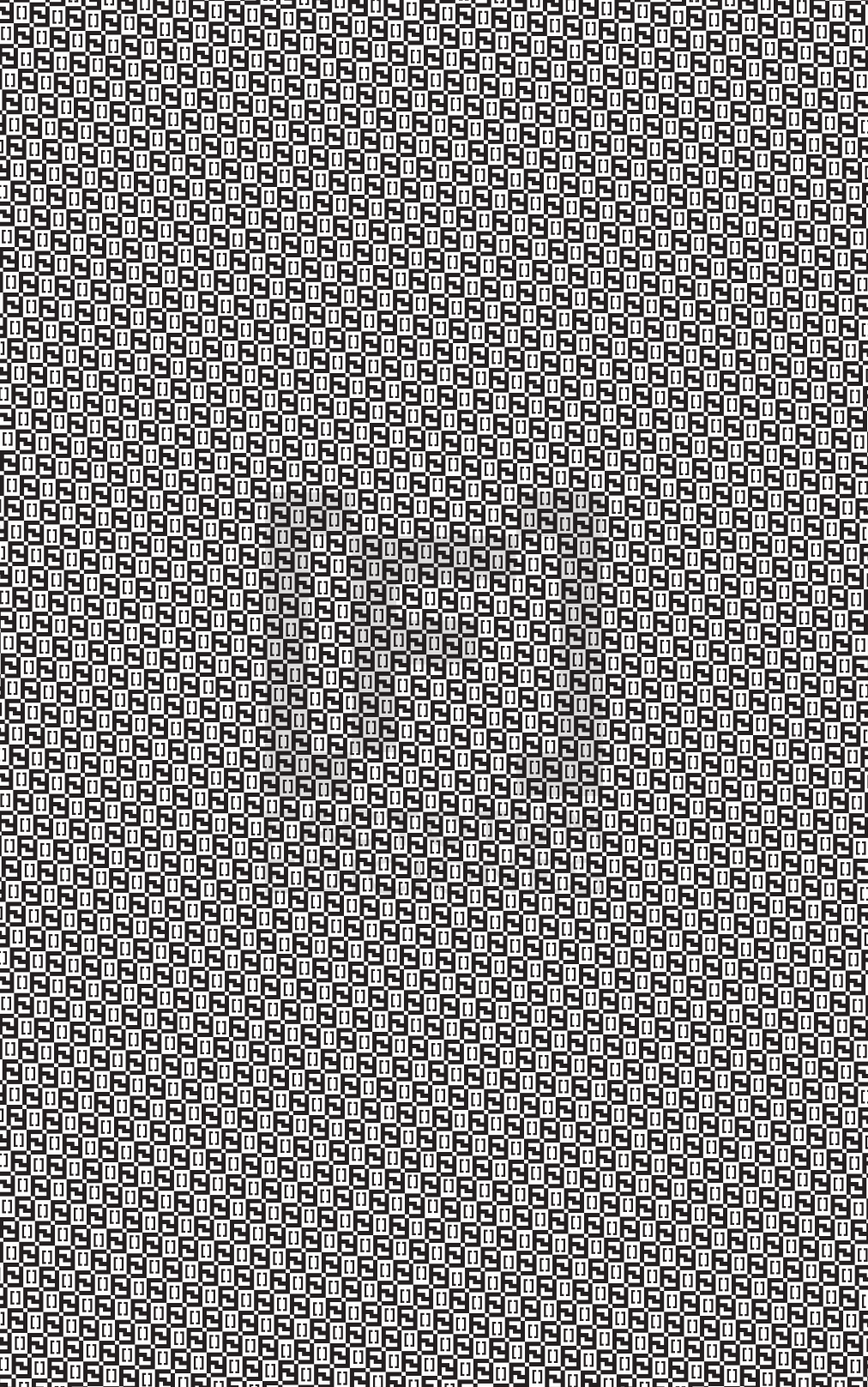


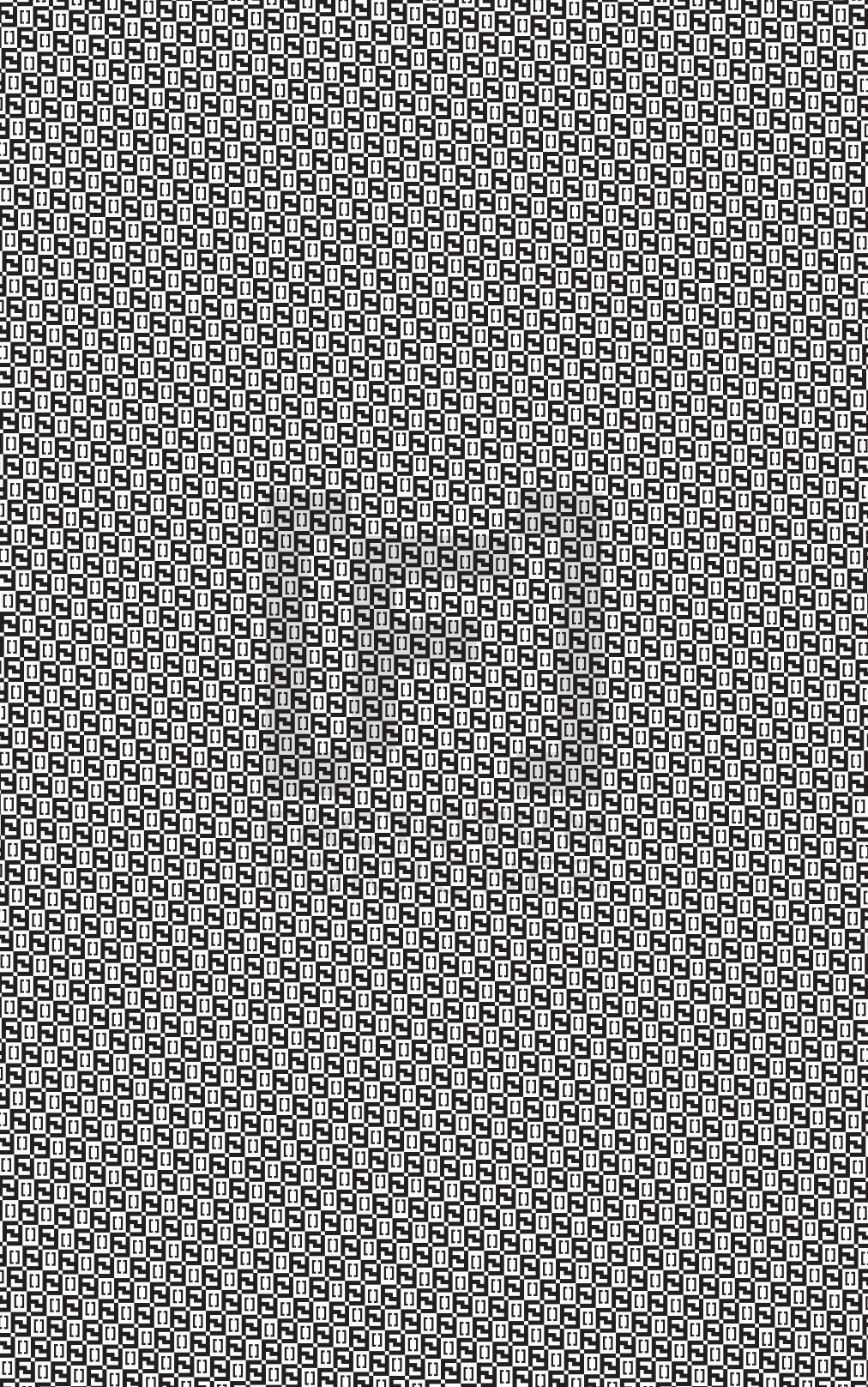


Lugares comunes

Marcos Almada

FACTOTUM
EDICIONES





Lugares comunes



FACTOTUM
EDICIONES

Almada, Marcos

Lugares comunes / Marcos Almada. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires:

Factotum Ediciones, 2025.

144 p. ; 21 x 13 cm. - (Fictio)

ISBN 978-987-4198-70-9

1. Cuentos. 2. Literatura Argentina. I. Título.

CDD A86

© Marcos Almada, 2025

© Factotum Ediciones, 2025

Pasaje Rivarola 115 (1015)

Buenos Aires, Argentina

www.factotumediciones.com

Primera edición, 2025

Edición integral: Natalia Brega

Corrección: Florencia Piluso

Diseño de maqueta: Renata Cerelli

Imagen de solapa: Juana Almada

Imagen de tapa: Marcos Almada

ISBN 978-987-4198-70-9

Libro de edición argentina.

Impreso en India. *Printed in India.*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Lugares comunes

Marcos Almada

FACTOTUM
EDICIONES



FACTOTUM
EDICIONES



FACTOTUM
EDICIONES

*Antes, de alguna manera no había olvidado
porque no había pasado.*

Haroldo Conti



FACTOTUM
EDICIONES



FACTOTUM
EDICIONES

Los generales

Es de noche y las indias cuchichean. Se amontonan en la cocina cuando la soldadesca con la panza llena se junta alrededor del fogón a chupar y a escuchar historias, mientras ellas trasiegan ollas y cacharros, y reciben a los negros para comer.

No es una noche más. Llegó de Buenos Aires el general ese, dicen que a reemplazar a Don Manuel. Vilcapugio y Ayohuma lo desgraciaron al pobre. En cambio, el otro viene triunfal de San Lorenzo. Así son las cosas en la política, dicen los que saben. Encima, como chimentó un chasqui en la cocina las otras tardes, los de la capital quieren la cabeza de Don Manuel. Para los jefes de la guerra está mal visto liberar prisioneros, y peor todavía si esos prisioneros vuelven a combatir.

La posta de Yatasto está abarrotada de soldados. Don Manuel mandó armar tiendas de campaña improvisadas con cuero y poncho, pero es mucha la gente que vino con el cuyano. A la tropa de Don Manuel, paisanos flacos como

galgos, indios y mulatos con la piel de charque, se les suman los del segundo regimiento. Las negras y las indias tienen mucho que hacer. Mucha hambre para matar. Puchero de capón y sopa gruesa. Uno de los últimos animales que quedan. Habrá que ver si ahora los beneméritos de la capital se dignan en mandar algo de plata. Queda poco y nada. Algunas gallinas, unos sacos de harina y arroz con gorgojo, unas bolsas de papa y cebolla, galleta con mufa, no más que eso. Si quieren que estas piltrafas se recuperen y vuelvan a pelear, deberían mandar provisiones. Pero en política el ojo del patrón no engorda el ganado, muy por el contrario, generalmente.

De cuando en cuando se escuchan las risas alrededor del fuego, sumidos en esa felicidad momentánea de los chifles de aguardiente y caña dulce, cuando chupan los hombres se aflojan las bandoleras y se olvidan de lo que les espera al otro día.

Las indias no paran de recibir negros en la cocina buscando su ración. Los negros, más lenguaraces y atrevidos que los indios, dicen que el general que vino a reemplazar a Don Manuel quiere disponer depósito de parques, hospital, acopio de pertrechos, suministros, ganado y grano. Eso dicen que dijo. Que le gusta la disciplina, que tiene su propio código con normas severas para los díscolos.

Los dos generales pidieron un poco de caldo y se encerraron en el barracón que usa Don Manuel de pieza y escritorio. Anda jodido de los músculos, se le hinchan y agarrotan. No es hombre de guerra, es un pensador. Pero la patria lo necesita al frente, hay que combatir al enemigo, evitar el avance español, instaurar el sistema republicano, muchas cosas

para hacer. El otro general también está jodido parece. Don Manuel hizo llegar una orden para que preparen ungüentos y tés.

La noche está tranquila, parece un poncho extendido sobre el campo. De vez en cuando se escucha un relincho, el chiflido perdido de algún pájaro. La soldadesca duerme a pata ancha. El grueso de la tropa cuyana se apostó en el galpón que sirve de granero. Hombres cansados por el largo viaje, tirados sobre cueros de oveja, tapados con sus propias chaquetas. Los indios y los negros al sereno. Algunos guarecidos contra la tapia que sirve de espaldón de tiro.

Al alba habrá instrucciones y órdenes que cumplimentar. Reverbera todavía en la barraca de Don Manuel la llama del farol. Esos dos hombres, capaz no peguen un ojo. Pesadas responsabilidades sobre sus hombros.

Las indias duermen en la cocina sobre mantas. Ellas son las primeras en recibir el día. Unas se aprontan con el desayuno de la tropa, mate cocido con galleta; otras con el almuerzo, puchero de gallina. Las indias y las negras no pueden dimensionar el tamaño del encuentro. Ellas también suponen, fabulan, inventan. Inscriben en su memoria retazos de una realidad que las supera. Sienten en las tripas que algo importante está por pasar. No saben bien qué tipo de acontecimiento va a cambiar para siempre el destino de los hombres que no soportan la sujeción. Hombres así, como los dos generales, tan distintos de sus padres y hermanos, que aguantan y se resignan a una vida de servicio y dependencia. Negras, indias, mujeres del campo. Ellas lo saben bien. Ningún derecho las ampara. Esa libertad de la que hablan los señores a ellas no las toca. Para ellas nada va

a cambiar. Van a seguir sirviendo. La patria es un invento de los hombres para disputarse el poder entre ellos, un juego de barajas.

Es una mañana límpida, el cielo apenas nuboso flamea como la bandera de Don Manuel. Parece que el cuyano amaneció malo del estómago. Según dijo uno de los centinelas, el general salió durante la madrugada varias veces a cambiar las aguas. Lo escuchó toser, y dice que le pareció ver que vomitaba sangre. Rudecinda, una de las hijas de la cocinera, le llevó té de manzanilla a la mañana bien temprano. No está bien que manden a las chicas a las piezas de esos zorros. Es preferible que se queden en la cocina. Pero es inevitable, las hacen mandaderas, a la vista tosca de los soldados. El destino de una mujer está marcado desde el nacimiento, lo más que puede hacer una madre o una abuela es retrasar el momento en que algún hombre pase de la pretensión al uso. Las chicas son inocentes, pero ya están en edad para que un hombre las quiera. Y algunas de ellas, seducidas por el porte varonil y halagüeño, se dejan preñar y ya no sirven para trabajar, tienen que criar a los hijos hasta que crezcan y sepan cuidarse solos. Para ese entonces ellas mismas van a ser viejas, pero van a tener que trabajar igual, van a tener que valerse de esa fuerza atávica que les viene de atrás, de muy lejos, para sobrevivir, años de opresión y violencia.

Las madrugadas a veces son crudas para los hombres de guerra. El cuerpo se queja. Ellos los castigan, los exponen al peligro, los ofrendan por un pensamiento que es más fuerte que la necesidad innata de sobrevivir. Es así la cosa, hay que abandonarse a la inercia de los acontecimientos.

Se escucha la diana y los soldados forman para la revista general, en lo que ellos llaman la plaza de armas, un potrero pelado donde Don Manuel hizo poner un palo para colgar la bandera. La tropa es variopinta. Del lado de Don Manuel: mulatos libertos, baqueanos rastreadores y troperos sin trabajo, buenos para el caballo, y una tribu de indios pobres, salpicados por la viruela, a los que les quemaron la toldería. Fueron encontrados por un grupo de soldados que andaban de reconocimiento. Estaban en un chañar comiéndose un caballo muerto. Hay también unos cuantos gauchos de averías, que se unieron porque hay comida, más de la que ellos mismos pueden agenciarse en la rapiña. Pero los gauchos son pendencieros y anárquicos. No suelen durar mucho en la tropa. Eso sí, cuando hay una reyerta, son los primeros en ir al frente porque está en su naturaleza. Es de no creer cómo hombres que no se conocen, estando un tiempo apretados por la cincha de la disciplina, se hermanan y son capaces de dar la vida por el otro, por una causa que no comprenden. Los soldados del segundo regimiento, a pesar del largo viaje, tienen otro porte. Vienen de ganar, listos para dar batalla.

El cuyano camina de punta a punta del batallón, mirándolos a los ojos. Les dice que la libertad es cara, que hay que sacrificarse para tenerla. El sacrificio que les pide no es pelear, sino disciplinarse para poder ganar. Pelear pelea cualquiera, pero no cualquiera tiene el conocimiento para pensar la guerra. Dice que él, junto a Don Manuel y tres o cuatro hombres más los quieren guiar a pelear por su libertad.

Después de la revista, los dos generales se alejan unos cuantos metros. Se los ve ensimismados en una charla

compleja. El pensamiento de estos hombres, hondo como pozo de agua, a veces es incomprendible. Traspasar montañas imposibles, navegar mares tumultuosos, matar hermanos de sangre para libertar a unos y someter a otros, repartir tierras que no les pertenecen.

La tropa se dispone a sus distintas tareas. Los oficiales se reúnen en la plaza de instrucción para alistar a unos cuantos paisanos e indios para que acompañen a un grupo de soldados a hacer una rastrillada en busca de animales para comer. Otros oficiales tienen la orden de inventariar las piezas de artillería, las arrobas de pólvora, los fardos de municiones.

La luz meridiana de la tarde va dejando manchones de sombra en todos los rincones. Unos paisanos de los alrededores, avisados de que estaba el general cuyano, se arrimaron, respetuosos, con media res. Se la ofrecen como señal de admiración. Las mentas de las hazañas bélicas del general se conocen en todos lados. A la noche habrá entonces asado para los oficiales y los soldados. Los mulatos y los indios recibirán las sobras. Así son las cosas.

Un postillón solitario se acerca a la campaña, desmonta su tostado y pregunta por Don Manuel. Según parece trae carta de la capital. Los dos generales se encierran una vez más en el barracón. Desde la cocina se escuchan las puteadas del cuyano. Parece que lo mandan a llamar a Don Manuel para enjuiciarlo y le piden al cuyano que se haga cargo él solo del Ejército del Norte.

La noche plañidera cae sobre gorros y sombreros. La negrura reverbera al resplandor de las fogatas y los faroles. Los generales no han vuelto a salir a la intemperie. Don

Manuel mandó llamar a una de las indias para que les prepare una infusión de lactato en vino tibio. Parece que el cuyano hierve de calentura.

El paisanaje y los soldados se dan un módico festín de carne de vaca. Don Manuel suspendió la caña y el aguardiente. Hay que descansar, al otro día habrá instrucción y rastrillada de reconocimiento. Tienen que aparejar las cargas, elegir la caballada, disponer a los hombres adecuados, organizar la tropa, darle tareas, preparar la transición del paso de mando. Hay que ver si el cuyano hace valer sus honores y se impone contra el mandato de Alvear, que se lo sacó de encima para ascender él por sobre los intereses de la patria.

Al alba, mientras unos oficiales preparan una tropa de indios para salir, una negra va a llevarles raciones para el viaje. Charque, galleta, fruta seca y yerba. El mando del cuyano es preciso, tienen que encontrar un buen lugar para emplazar el fuerte. Un campo abierto al frente y protegido en la retaguardia. No muy cerca pero tampoco lejos.

Sale la expedición al tranco. Tres oficiales, un baqueano rastreador y una veintena de indios. El baqueano aconseja a uno de los oficiales que lo mejor es evitar las tierras anegadas, los bañados y los jagüeles. Caballo que pisa un guadal, no sale más.

Pasan la cañada, el arroyo de la viborita, un camposanto indio, hasta que la cerrazón de la tarde cae sobre ellos como el manto protector de la Virgen María. A la legua la ceja de un monte, a un flanco una aguada y la mansedumbre de un campo de trébol y gramilla. Un lugar para quedarse para siempre. Uno de los oficiales a cargo da el mando

de acampar. Sabe que los indios necesitan el sosiego antes de la batalla. Muchos de ellos van a morir, se deben un pequeño descanso. A los indios hay que tenerles paciencia con las cosas de la tierra. Están muy arraigados. Mandan descargar las mulas y enseguida se arma la fogata. Yesquero, tabaco y mate de café. Sin decir oste ni moste las murmuraciones del campo los dejan en silencio. Escuchar el bicherío de la noche, dormir de cara a las estrellas, con el caballo como único resguardo, bolear avestruces, pescar en el arroyo, comer raíces, eso quieren los indios. Están guerreando para echar a los que les sacaron las tierras. Al otro día, nomás hay que mirarlos cuando vuelven, las caras torvas y resignadas. Sufren en silencio. Acaban de ver la belleza que ya no les pertenece.

Los oficiales informan a los generales. A unas cinco leguas se extiende un valle propicio, guarecido por dos montañas. El cuyano da la orden, hay que preparar el traslado. Van armar el cuartel lejos de la ciudadela, cuantas menos distracciones tenga la tropa mejor.

El único descanso de las indias es ir al potrero, apoyarse en un poste y mirar los caballos moverse contra la luz de la tarde. Oscuros, overos, bayos y tordillos, el alazán de Don Manuel, el cebruno de uno de los caciques. Picazos y tostados, hermosas bestias. Les gusta verlos, admirar esa maquinaria perfecta hecha por la madre tierra para que el indio lo monte. Matungos salvajes con la fuerza de un toro. Es una falta de respeto que el blanco se valga de los caballos. Mestizos educados en Europa de poncho y chambergo, barracán de vicuña, recuas de llamas, maneador, bozal con cabresto, manea, testeras y pretales. Padrecitos con el Jesús en la boca, montados de costado como una mujer, frailes

gordos que hacen sufrir al animal. Al caballo hay que montarlo a pelo, agarrarse de las crines. El indio establece una conexión con el animal, algo simbiótico que los entrelaza. Se respetan mutuamente. Le da rienda si quiere que corra o lo ciñe si lo quiere manso. La espuela sobre el pie pelado, un cuero de oveja como montura y a correr. Es lindo verlos contra el horizonte, corriendo cuerpo a cuerpo con el viento.

